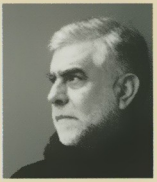
ALONSO
CUETO
Testamento
de sangre
DEBOLSILLO

DEBOLSILLO Contemporánea

«No sé cómo ha hecho Alonso Cueto para escribir esta novela de suspenso y angustia, este thriller psicológico que nos tiene en vilo de principio a fin.»

Alonso Alegría

La lectura del testamento de una mujer reúne a sus dos hijos después de mucho tiempo sin verse. Roberto lleva años viviendo en Europa evitando cualquier comunicación con la familia que dejó atrás y Mariana ya no reconoce en él a quien fue su cómplice cuando ambos eran jóvenes. Su reencuentro quebrará la rutina a la que la distancia y las palabras no dichas los tenía acostumbrados. *Testamento de sangre* disecciona no solo la compleja relación de dos hermanos, sino la obsesión con resolver sus secretos familiares.



ALONSO CUETO (Lima, 1954) estudió Literatura en la Universidad Católica del Perú y obtuvo su título de doctor en la Universidad de Texas (Austin). Es autor de las novelas *La segunda amante del rey, La viajera del viento, La pasajera, Cuerpos secretos, La venganza del silencio, El susurro de la mujer ballena, La hora azul* (Premio Herralde 2005), *El otro amor de Diana Abril, El vuelo de la ceniza, Deseo de noche, El tigre blanco* (Premio Viracocha 1985) y *Demonio del mediodía*. Ha recibido el Premio Anna Seghers, la Medalla Inca Garcilaso y la Beca de la Fundación Guggenheim. Es miembro de número de la Academia Peruana de la Lengua.

ISBN 978-612-4346-60-6

DISEÑO DE PORTADA: APOLLO STUDIO
FOTOGRAFÍA DE PORTADA: MARIEL SANDOVAL
FOTOGRAFÍA DE AUTOR: DOMINIQUE FAVRE

www.megustaleer.com.pe

Me gusta leer Perú @megustaleerperu

I

Por costumbre, rápidamente, Mariana se levantó de la cama y encajó los pies en sus zapatillas rojas. Lo primero que hizo fue mirar el marco del reloj en la mesita. Sintió el chorro en los hombros. Era su ritual de todos los días, la serie de pequeños trámites que había que hacer para que la casa se pusiera en movimiento: la ducha a las seis, despertar a Jorgito a las seis y media, arreglar su ropa y su lonchera (nueces, un sándwich, una botellita de jugo) antes de las siete.

Mariana puso el vaso de leche sobre la mesa, llevó el tarro de mermelada y disimuladamente se sentó a ver a Jorgito mientras comía. Le gustaba verlo usar la cuchara, untar el pan, llevarse el vaso a la boca, y esperaba cualquier gesto para servirle un poco más. Esa mañana Jorgito hablaba poco, pero parecía de buen humor. Después del desayuno, Mariana lo llevó al baño y, mientras lo peinaba, le dio las recomendaciones de siempre:

—En la puerta del colegio no hables con nadie y, si te sientes mal durante las clases, llámame. Si no estoy, llama a tu papá a la oficina. Yo voy a recogerte a las tres.

Lo mismo de todos los días, pero había que repetirlo. Un ruido de bocina la interrumpió.

Como siempre, Mariana siguió a su hijo por la ventana mientras subía a la camioneta y se acomodaba en los asientos. Al voltear, Pedro estaba parado en pijama, muy cerca de ella.

—¿Ya se fue? —dijo.

—Siéntate, que te traigo tu café —respondió ella, caminando hacia la cocina.

—Me voy a duchar. Tengo una reunión a las nueve en la oficina.

***

Como a las once, después de leer el periódico y de dejar todo listo para el almuerzo, Mariana se fue a visitar a su madre. Manejó la camioneta por Benavides, llegó hasta San Antonio y por fin se estacionó. Esa había sido su casa de chica, hasta el día en que se había casado, quince años antes, y esa seguía siendo su casa ahora. La empleada le abrió la puerta. Mariana pisó la alfombra espesa y suave y llegó hasta la sala.

—Hola, mamá —dijo, sonriente.

—¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes hoy?

—Bien. Muy bien. El médico dice que ya estoy casi recuperada.

—¿Dormiste bien anoche?

—Perfectamente.

Un mes antes, en esa misma casa, una ambulancia había llegado para llevar a su madre al hospital.

Palpitaciones, dolores y un cuadro de lo que el médico había llamado después "preinfarto" habían mantenido a la familia en vilo durante una semana.

—Ya todo ha pasado, hija mía. Ya estoy bien —insistió la señora.

—Me alegro, mamá. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Nada —la voz sonaba como un silbido—. ¿Qué me propones?

—Vamos a pasear.

—¿Me puedes llevar?

—Claro. Vamos.

—Bueno, vamos, pues —se animó.

Mariana la ayudó a levantarse. Era una pesada maquinaria humana de huesos grandes, trapos grises y pelo blanco. Caminaba lentamente, pero sin dificultad. Una energía sostenida la movilizaba sin pausas subiendo al carro después de negar el brazo de ayuda que le extendía la empleada. Sentados en el asiento delantero, las dos recibieron el sol de lleno en la cara.

—Lindo día —dijo su madre—. Lindo para pasear.

La camioneta bajó por el Circuito de Playas.

—La próxima semana se casa tu prima Amelia. Ya es la última de las hijas de Rebeca.

—No la veo hace tiempo.

—Pero de chicas jugaban mucho.

—Sí, me acuerdo. Nos contábamos chistes en tu dormitorio.

—Qué malcriadas —sonrió su madre.

El carro se acercó a la inmensidad luminosa de las olas. En otras ocasiones su madre la obligaba a

bajar la velocidad. Pero ahora no estaba mirando el tablero.

—¿Y no has sabido nada de tu hermano? —preguntó de pronto.

—¿De mi hermano? No, mamá. ¿Qué puedo haber sabido de él?

—Ah —se resignó ella.

No era la primera ni sería la última vez. Cada cierto tiempo le preguntaba por Roberto, su hermano menor que, muchos años antes, un buen día, había hecho su maleta y se había ido al aeropuerto para tomar un avión a Europa. Una postal de helada telegrafía les había comunicado que vivía en París, sin dar ninguna otra señal. El bosque de una tierra lejana se había abierto unos segundos, Roberto había entrado en él y los árboles lo habían cubierto. Roberto era una presencia misteriosa e inapelablemente clausurada. Todos los intentos por hablar con él habían sido inútiles. El tío Aurelio viajó a Europa para verlo, pero regresó con un gesto sombrío.

—Lo vi. Hablamos una mañana, mucho rato. No piensa regresar.

—Pero ¿qué te dijo?

—Que no va a volver nunca. Lo siento. Es así.

Mariana había tenido que mantenerse serena frente a su madre, pero, con el tiempo, en secreto, había empezado a odiar irrevocablemente a su hermano. Odiaba a Roberto por haberlas abandonado. Son cosas que hacen los hombres, después de todo, pero eso no era una excusa. Ella seguiría siempre odiándolo un poquito, aun

cuando lo volviera a ver, aun cuando pudiera entenderlo. Seguiría odiándolo siempre, pero eso no se lo podía decir a su mamá esa mañana. Manejó en silencio junto a las playas y subió por San Isidro.

—¿Quieres ir a tomar el té en algún lado? —le preguntó.

—Vamos ya a la casa. Estoy un poco cansada —dijo la señora.

Mariana dobló y avanzó ahora con el mar debajo, a su derecha.

Un rato después estaban sentadas en el patio.

—¿Quieres ir el sábado a ver a tus primas? —dijo Mariana—. Puedo pasar por ti, si quieres. Pedro y Jorge se van a ir a jugar al club.

—Bueno, encantada.

Su madre sonreía. De pronto la miró.

—Tú siempre tan buena conmigo, hijita.

—Me da gusto que salgamos juntas —dijo Mariana.

Durante esos años no solo la había paseado. También se había encargado de cuidarla, de llevarla al médico y vigilar sus remedios, de acompañarla frente a la telenovela de las dos y de llevarle siempre revistas y discos (le gustaban Pedro Vargas, Los Panchos, Libertad Lamarque, Alicia Maguiña y Los Cinco Latinos). Para Mariana era un feliz deber ayudar a su mamá; necesitaba verla contenta. "Después de todo, le estoy devolviendo el cuidado que ella me dio cuando era chica", pensaba Mariana con frecuencia. "Y además, no estando Roberto, ¿quién podría ocuparse de ella?"

***

El sábado, Mariana se levantó temprano otra vez. La noche anterior habían ido a la fiesta de un amigo de Pedro. Era un compañero de trabajo y, cada vez que se juntaban los hombres de la oficina en una reunión, hacían grupo aparte. Una asamblea de hombres con un vaso de cerveza en cada mano anunciaba una gruesa letanía de bromas pesadas y explosiones de risas. A Mariana no le gustaban esas fiestas de la oficina, pero nunca había dejado de ir. Algunas veces tuvo que manejar de regreso, porque Pedro estaba tan bebido que ella lo había tumbado en el asiento de atrás. La noche anterior había sido una de esas. "Y qué importa mañana la condena", había cantado Pedro todo el camino, "si estuvo un rato el corazón contento". Poco después, Mariana lo había bajado con las justas para que no se quedara dormido, con el último susurro. "Cada latido es un paso hacia la fosa y en cada beso se nos va la vida, nos va matando y nos es querida esta agonía lenta, silenciosa".

Esa mañana, pasada la lenta agonía y mientras calentaba el agua, Mariana empezó a revisar el periódico. Junto a ella, la empleada le preguntó si podía poner la mesa. Mariana asintió y siguió leyendo. En un artículo, Donald Trump acusaba a todos los musulmanes de querer acabar con los Estados Unidos. En otro, se hablaba de los candidatos a las elecciones peruanas. En otro, con aspecto algo mayor aparecía George Clooney. Pedro comentaba en broma el apego de su mujer hacia Clooney. Ella veía sus películas y, cuando podía,

escuchaba su voz. Era una voz sincera y tranquila. La voz de un hombre de verdad. En el artículo decía que había donado nueve millones de dólares a una organización de caridad. Un hombre que era capaz de ganar tanto dinero y después dárselo a la gente para hacer el bien, era un caballero. Pero no solo eso. Mariana se sentía abrumada por su cara de porte de dios griego, su figura delgada, su pose decidida en un cuerpo sensual. Mariana puso sus dedos encima de la boca, luego recorrió la foto con toda la mano.

La empleada le preguntó si ya podía servir el café. El agua había hervido.

—Sí. Sírvele a Jorge —dijo Mariana—. El señor creo que todavía va a dormir.

—Mariana —gritó, de pronto, Pedro.

Mariana tuvo que dejar el periódico e ir al dormitorio.

—¿Qué? —preguntó.

—Tengo tal dolor de cabeza, que no veo —masculló Pedro.

Estaba sentado en la cama.

—Es lo menos que puedes tener —dijo ella—. Dúchate, que ya te preparé un café.

—Primero tráeme una aspirina —contestó su esposo.

Mariana fue al baño, sacó dos aspirinas y se las llevó con un vaso de agua.

—Con esto te vas a sentir mejor.

—Gracias. Por favor, discúlpame con Jorge. Dile que no me siento bien.

—Pero él se ha estado preparando para ir contigo a jugar fútbol. Ha hablado de eso toda la semana —dijo Mariana.

—Llévalo a pasear —contestó Pedro—. Yo me siento mal.

—Pero...

—No me fastidies —dijo él—. ¿No te das cuenta que me duele la cabeza? Anda y ciérrame la puerta.

Mariana salió.

—¿Y mi papá? —dijo Jorge—. ¿No vamos a ir al club? Ya es tarde.

—Tu papá se siente mal —dijo Mariana—. Dice que lo esperes un ratito. Más tarde vamos a ir.

—Pero yo no quiero ir más tarde —chilló Jorge—. Yo quiero ir ahora. Quiero jugar. Mis amigos van a ir también con sus papás.

—Ven, vamos a ver qué dan en la televisión —le pidió Mariana—. Primero termina tu desayuno. Ni siquiera has terminado.

—Yo quiero ir con mi papá —dijo Jorge.

Mariana volvió a la cocina, en parte para hacer tiempo y calmarse. Fue entonces cuando vio a alguien acercándose a la casa. Era el tío Aurelio. Caminaba muy rápido. Felizmente estaba allí. El tío Aurelio siempre era muy razonable y tal vez podría ayudarla con Jorge. Fue corriendo a la puerta y la abrió.

—Aurelio —le dijo—. Qué gusto verte. Pasa.

Su tío no le contestó. Venía como nunca, vestido con terno y corbata.

—Tengo una mala noticia, Mariana —le dijo.

Ella sintió un vacío en el estómago.

—¿Una mala noticia? —dijo—. ¿Qué?

—Es tu madre —le dijo Aurelio.

En ese momento, Jorge corrió hacia ella.

—Quiero ir a jugar con mi papá y tú no quieres que vaya —dijo el niño.

—¿Mi madre? —preguntó Mariana.

—Se murió esta mañana —murmuró Aurelio—. Lo siento mucho, hijita.

Mariana sintió que Aurelio la estaba abrazando. Jorgito retrocedió, con los ojos enormes.